nales le atribuyen, y los votos del Parlamento no pueden cambiar en nada las resoluciones del Gobierno.

En los países verdaderamente constitucionales la situación del monarca es humillante; mas el aparato de su poder se halla por todas partes tan cuidadosamente manejado, se evita con tanta destreza que aparezca su absoluta insignificancia en la nación, los honores exteriores, las utilidades personales y los placeres unidos á sus funciones, coadyuvan á hacerlos tan grandes, que no es posible comprender cómo hombres que se respetan y poseen la conciencia de su honor y delicadeza, consienten figurar entre los polichinelas, cuya lengua y miembros son movidos por hilos que tienen en su mano los ministros. Ocurre lo contrario en los países falsamente llamados constitucionales: en ellos corresponde la necesidad á los representantes del pueblo y cuesta mucho más trabajo comprender que hombres dignos de llamarse así, acepten semejante cargo. Las satisfacciones que puede tener su vanidad, no les indemnizan, seguramente de las bajezas de todos los instantes. En su palacio suntuoso, con su brillante uniforme, recibiendo su larga lista civil, sin ver en derredor suyo más que espaldas encorvadas, y sin llegar á su oído sino alabanzas en su honor y rebuscadas fórmulas cortesanas, tales como «Majestad», «Muy gracioso soberano» y «Dignaos» el rey constitucional puede olvidar que juega una broma carnavalesca que tendría un desenlace terrible si quisiera tomarla en serio. Y ¿cuál es la causa que determina á los diputados, en un país falsamente constitucional, á convertirse en ridículos, con discursos sin resultado, gestos sin fin y votos sin efecto? ¡No será el desprecio de los ministros, las burlas y calumnias de la prensa asalariada por el Gobierno! ¿Será entonces la esperanza de trocar las apariencias del parlamentarismo en una realidad? Esta esperanza no puede ni debe ser alimentada por los representantes del pueblo que acepta la ficción del origen de los derechos reales.

Para el enemigo de las mentiras convencionales, nada más divertido que el dilema en que ese despiadado lógico, el príncipe de Bismarck, encierra á los llamados liberales del Reichstag alemán. Hace que oradores autorizados y periodistas bien instruídos les repitan: «Ó vosotros sois republicanos y mentís cuando proclamáis á porfía vuestros sentimientos monárquicos, ó vuestra fidelidad al rey es sincera, y entonces debéis probarla con la obediencia á la voluntad Real.» Esta alternativa es el yunque y el martillo entre los cuales se ve pulverizado el liberalismo de los monárquicos. Causa un placer indecible ver cómo los tímidos é impotentes partidos de la oposición se retuercen bajo la garra de hierro de esta lógica implacable. Querrían desprenderse y escapar afirmando: «Somos adictos al rey hasta la muerte; la dinastía no tiene servidores más fieles; la república es para nosotros abominable. Pero, no obstante, la Constitución existe de algún modo, y el mismo rey se ha dignado prestarle juramento; autorizados por él nos permitimos, con gran humildad y profundamente sumisos, hacer uso de los derechos y libertades que han sido acordados á los representantes del pueblo por gracia real especialísima.» Y así consecutivamente. Pero todo esto no les sirve de nada. La mano que los oprime estréchalos contra la pared hasta el punto de hacerles perder el aliento, y el amo despiadado los atormenta sin rodeos, preguntándoles: «¿Admitís que el rey ha sido impuesto por Dios para gobernaros? ¿Sí? ¿Cómo osáis entonces resistirle, apelando á una Constitución que os fué regalada por su

mano? En virtud de su autoridad divina os la puede retirar, como en virtud de la misma autoridad os la concedió. ¿O no admitís que el rey obtuvo sus derechos de Dios mismo? Entonces sois republicanos.» Este es el dilema.

Sí, este es el dilema: ó republicanos ó absolutistas; todo lo demás es mentira ó hipocresía. Un Gobierno que establece esta alternativa es merecedor del reconocimiento más vivo de todas las personas sensatas. Sin duda comete al hacerlo una temeridad extraordinaria, pues corre el peligro de que un político audaz y hábil le deuvelva el argumento con estas palabras: «Si la lógica es un arma, vosotros sois los mayores hipócritas y embusteros. Si en efecto la voluntad del rey es la voluntad de Dios, ¿cómo podéis cometer contra Dios y contra el monarca el crimen de permitir que sabsista una Constitución fundada sobre la posibilidad de limitar los deseos del rey por el veto del pueblo? Vuestro deber primero sería en este caso abolir la Constitución. Ó tomáis á ésta en serio, admitiendo de tal modo que en el Estado la voz del pueblo vale tanto como la del rey por la gracia de Dios, y entonces sois republicanos, ó la Constitución no es para vosotros sino una palabra vana, convocáis el Parlamento por fórmula no más, y estáis resueltos á obrar según vuestro capricho, sin cuidaros de las Cámaras, en cuyo caso vuestros actos constitucionales, como reuniones electorales, convocatoria de Cortes, presentación de proyectos de gobierno, etc., todo ello es una mentira voluntaria. Por consiguiente, sois embusteros ó republicanos. No hay término medio.»

La gran mentira de la teoría constitucional moderna consiste precisamente en partir de una negación de la autoridad divina del rey: dicha autoridad, así desprovista

de base y suspendida en el aire, continúa sin embargo subsistiendo. La edad media conoció también la constitucion de los Estados que limitaba el poder del rey; conoció asimismo las sublevaciones de la nobleza contra el monarca, y la lucha tenaz entre las clases privilegiadas y la corona para conservar el poder. Mas las restricciones Reales, las revueltas de los nobles contra el rey, no tenían lugar en nombre de un principio que excluyese su razón primera de ser, es decir, en nombre de la soberanía del pueblo. Los altos varones que sitiaban al rey en sus castillos, reconocían, no obstante, que el rey estaba impuesto por Dios; pero sosteniendo al mismo tiempo que la gracia de Dios no era favorable sólo al rey, procuraban recabar su parte correspondiente. Esto no era negación de la autoridad sobrenatural de los gobernantes, sino más bien ingeniosa extensión de la misma doctrina. De igual manera que el monarca reinaba por la gracia de Dios, ellos declaraban ser nobles poderosos por idéntica gracia. Es la historia de un loco que tenía la idea fija de ser Dios; otro enfermo aquejado de igual manía fué llevado al establecimiento donde el primero estaba en curación. Este se puso en el acto á reir con todas sus fuerzas del error de su compañero, y decía: «¿Cómo este hombre puede ser Dios?» Le interrogó el guardián por creerlo ya curado, recibiendo en contestación: «Porque no hay dos Dioses, y siendo yo Dios, él no puede serlo.» A ejemplo de este loco, la nobleza de la edad media estaba convencida de su propia divinidad y combatía el absolutismo del monarca, no en nombre de la razón, sino en el de su propia locura. Por tal causa, púdose durante dicho período histórico estar unido á la vez, con el mayor honor, á los privilegios de la nobleza y al rey; en tanto que la soberanía Real ema-

nada de Dios, y la del pueblo, se excluyen en absoluto la una á la otra.

Al lado de su papel constitucional, la mentira monárquica tiene también otro puramente humano, contra el que se rebela no menos la razón que la honradez. Todos los que se hallan en contacto personal con el rey se rebalan y envilecen ante la ficción del carácter sobrehumano de la monarquía, aunque de ella se burlan en su fuero interno. El espectáculo de la monarquía fué constantemente y en todas las naciones una comedia para los precisados á tomar en ella alguna parte. Pero desempeñándolo cada uno con aire formal y convencido mientras estaba en escena; esforzándose á cual más en producir y mantener la ilusión poética en los espectadores, de los que se veía separado por la línea de fuego del escenario. Sólo aquellos amigos á quienes se permitía entrar por la puertecilla de los artistas, podían ver que los suntuosos palacios de la decoración no eran sino tela pintada y usada, y no más que oropel la púrpura y oro de las vestiduras oficiales, y que entre dos movimientos heróicos, los héroes se apresuraban á pedir un *bock* entre bastidores. Al contrario, los comediantes actuales de la monarquía salen constantemente de su papel y se burlan con descaro de él, de ellos mismos y del respetable público. Parecen á los honrados comediantes del *Sueño de una noche de estío*, á quienes Bottom el tejedor hizo esta prudente advertencia: «Es preciso que digáis el nombre del que representa el león, y que se vea la mitad de su cara á través del morro de la fiera; él mismo puede hablar desde dentro y decir, con la entonación adecuada, algo que se parezca á esto: Graciosas damas, ó bellas damas, yo os aconsejo, ó yo os suplico, ó yo os conjuro á no tener miedo, á no temblar; mi vida

responde de la vuestra. Si habéis creído que soy un verdadero león, esto será un gran perjuicio para mi juventud. No, yo no me parezco á él en nada; soy un hijo de los hombres, como los demás hijos de los hombres; y que á partir de esto, les declare su nombre y les diga con toda claridad que él es Snug el carpintero.»

En el tiempo clásico de la monarquía, el palacio del rey era un santuario que ningún simple mortal franqueaba sin respetuoso temor; hoy el palacio está de par en par abierto á los noticieros. Todos los escándalos, todos los crímenes, todas las ridiculeces que se encuentran en él salen fuera. El último de los vasallos conoce los vicios secretos del rey, sus vergonzosas enfermedades, el nombre de sus mancebas, los amores de alguna princesa; sábese que el emperador ó el rey juega á la Bolsa, que es un idiota ó un ignorante; circulan de mano en mano sus cartas sin ortografía, se recuerdan sus palabras necias y sin embargo los cortesanos se inclinan ante él, tocando en el polvo con su frente á la faz de todo el pueblo; hablan en público del monarca empleando los términos más humildes y sumisos, y consideran título de gloria besar con la mayor solicitud sus piés. ¡Que tristísimo espectáculo para el hombre de espíritu libre é ilustrado! ¡Qué fuente constante de perpetuo disgusto contra el servilismo hereditario de los hombres cultos! El noble artista que acababa de exhibir una obra maestra é inmortal, desea como la más alta recompensa merecer la visita del rey; terminada la excitación sublime que le inspiró, pasa bruscamente á la vanidad vulgar é infantil que le produce la desdeñosa mirada que arroja el rey sobre el artistico fruto de su genio. Podrá ser un Beethoven, un Rembrandt, un Miguel Angel; seguirá siendo conocido y admirado cuando ya no subsista del rey otra cosa que una línea en

el diccionario de los cien mil nombres de soberanos que forman el inútil apéndice de la historia universal; poseerá la conciencia plena de su propio valer, sabiendo además que el monarca no entiende de música, estatuas ni cuadros; que en él los oídos están cerrados, los ojos turbios, el alma insensible á todas las bellezas; que los juicios del rey son grotescos y que respecto á educación estética se halla á la altura del mercader más vulgar; sin embargo, el corazón del artista latirá con más violencia cuando el rey deje caer su mirada lenta y distraída sobre la gran obra del maestro y escuche dormitando su música. El sabio cuyo penoso trabajo intectual conquista á la humanidad nuevas verdades y ensancha su horizonte, ambiciona ser presentado ante el rey, envuelto en un traje ridículo, pero de corte oficial, y decirle algunas palabras de sus inventos y científicos adelantos, de los cuales todo el mundo habla, y que son quizá la unidad de fuerzas, el análisis espectral ó el teléfono; sabe que el rey es incapaz de interesarse por una cuestión absolutamente incomprensible para él; además, que este rey, verdadero bárbaro, le desprecia á él y á toda su ciencia, y prefiere un arrogante jefe de la guardia Real á todos los sabios del mundo; sabe también que no se le conceden sino algunos minutos para decirle precipitadamente y balbuceando lo que quiera, en tanto que piensa el rey en otras mil cosas y demuestra bien á las claras el fastidio que siente al llenar los deberes de su cargo: mientras, el sabio se inclina bajo el yugo de todas las exigencias de la etiqueta palaciega y ocupa con satisfacción su puesto entre un gentilhombre y un oficial cualquiera. ¡Cuántos poetas y escritores mendigan el permiso de ofrecer al rey sus obras, únicamente porque éstas sean, no ya leídas, sino colocadas en el último lugar de una biblioteca

en la que los almanaques genealógicos y anuarios militares ocupan el puesto de honor!

La aristocracia hereditaria profesa, respecto al rey, sentimientos más bajos y serviles todavía, si esto es posible, que los experimentados por la aristocracia de la inteligencia. Está directa y constantemente á su alrededor; bajo la corona ve el gorro de dormir, y bajo el manto de púrpura el chaleco de franela; de ella parten todas las caricaturas, burlas y calumnias dirigidas contra el soberano; se mofa de sus debilidades y divulga sus crímenes; sin embargo, la mayor ambición de la aristocracia hereditaria es obtener á fuerza de bajezas y adulaciones el favor del rey, llámese éste Luis XV ó Felipe IV, y comete las mayores indignidades por alcanzar una mirada suya; le vende sus mujeres y sus hijas, y afirma que «la sangre del rey no mancha.» El aristócrata, demasiado orgulloso para dirigir una mirada ó hablar directamente con su propio servidor, aspira con afán á ser en persona criado del rey, y en las circunstancias solemnes. á lavarle las manos, llevarle los platos, llenarle el vaso y hacer los recados. En una palabra, á desempeñar el papel de mozo de fonda, lacayo ó mandadero.

Una conocida anécdota, de cuya verdad no respondo, cuenta que visitando á Copenhague Pedro el Grande quiso probar al rey de Dinamarca todo el amor que le tenían sus vasallos. Ordenó á un cosaco que se arrojara de lo alto de una torre; al punto el desgraciado hizo el signo de la cruz y se lanzó al espacio sin vacilar. No debe dudarse de que aun hoy la mayor parte de los cortesanos aceptarían semejante prueba. Nas ¿haríanlo por heroísmo? No; pues estos héroes nunca se expondrían á constiparse por salvar á cualquier persona que se esté ahogando. ¿Sería entonces por la esperanza de una re-

compensa en la otra vida? Esta esperanza puede obligar á un cosaco de Pedro el Grande á hacer el sacrificio de su existencia; pero nuestros aristócratas contemporáneos son frecuentemente los hijos de Voltaire, y tienen para ellos mucho menos valor los goces del paraíso que las satisfacciones que les ofrece este valle terrestre de miserias. No puedo comprender el extraño fenómeno de respeto llevado hasta el suicidio en favor de personas que quizá no se distingan por ninguna ventaja intelectual, moral ni física, y que pueden muy bien ser antipáticas y aborrecibles.

El excelente Münchhausen refiere esta maravillosa aventura de caza. Perseguía con una perra preñada á una liebre preñada también; durante un momento perdió de vista á los dos animales; al apercibirlos de nuevo, vió con asombro siete perritos que corrían detrás de otros tantos lebratillos. Durante su carrera las dos madres habían parido y los pequeñuelos se entregaron al punto á la caza.

Puede muy bien ocurrir alguna cosa análoga entre los reyes y sus vasallos. El vasallo es por nacimiento absolutamente adicto al rey, como en la fábula de Münchhausen, el perro lo es por nacimiento á la caza de la liebre. Hablo muy en serio bajo la forma de una chanza. El atavismo es el único capaz de explicar una fidelidad que se sobrepone á la dignidad humana, al sentimiento que cada uno tiene de su propio valer, y algunas veces hasta sobre el instinto de conservación personal. Es evidente que sólo un retroceso á las ideas primitivas del hombre, sólo una vaga repercusión de costumbres transmitidas sin interrumpirse á traves de millares de generaciones es la causa de que veamos á ciertas personas experimentar ó fingir por un individuo que no conocen, á quien

tal vez no hayan visto nunca, y que en todo caso no responde á sus sentimientos, una ternura que no sienten por sus parientes, y quizás ni aun por sí mismos.

Sin duda es un sentimiento profundamente arraigado en la naturaleza humana el prosternarse con humildad ante toda persona que la multitud mira como superior. Entiéndase que yo digo: que la multitud mira como superior, y no que es superior. El hombre es un animal que vive en rebaño y que tiene todos los instintos de los que viven de tal modo. De estos instintos es el más saliente la sumisión á un jefe, pero al jefe que el rebaño acepta gustoso. Un pequeño número de espíritus escogidos juzga al hombre por sus cualidades: la generalidad considera únicamente su acción sobre los demás. El mérito examina al individuo en sí, con independencia de sus relaciones con los otros hombres; el vulgo sólo se informa del rango que ocupa. Explícase de este modo que todo hombre célebre ó siquiera conocido, y algunas veces rodeado de mala fama, encuentre amor y adhesión que se rehusan al mérito que se esconde y desdeña el mundo y la popularidad. No es preciso ser rey para estar rodeado de cortesanos; basta para ello una pequeña notoriedad. Los cómicos, los prestidigitadores, los clowns, tienen quien les adule. Hay gentes que desean relacionarse con los criminales conocidos y se vanaglorían de ello. ¿Qué fuerza impulsa á los hombres á ser tan necios? ¿Cuál es la causa que proporciona á Brummel y Cartouche una corte, lo mismo que á un gran artista ó á un gran sabio? Suele decirse que la vanidad; pero tal respuesta es superficial no más. ¿Por qué, pues, se cifra dicha vanidad en formar parte del séquito de personas célebres? ¿Por qué se experimenta satisfacción en pavo-

nearse dando la mano de amigo á cualquier hombre ilustre? Porque se obedece así al instinto que lleva al animal que vive en el rebaño á someterse á un jefe. El *snobismo* tiene un fundamento antropológico: he aquí lo que olvidó Thackeray al combatirlo con su odio implacable. La adhesión á una dinastía, en el sentido que los monárquicos dan á esta palabra, es la más alta y completa expresión del *snobismo*.

Se ve que me esfuerzo en encontrar al bizantinismo circunstancias atenuantes. Mi deseo más ardiente es convencerme de la sinceridad de los sentimientos que muchas gentes muestran hacia los príncipes y reyes. Estoy dispuesto á reconocer que el aldeano ruso no finge nada cuando besa la orla del traje de su emperador, y que el soldado alemán no miente cuando declara que su mayor dicha es sacrificar la vida por el soberano. Pero atavismo, antropología, herencia, todas las grandes palabras que invoco para explicar la adhesión del pueblo ignorante á una dinastía, me parecen defectuosas cuando veo en las gentes distinguidas y cultas el bizantinismo, que, á no dudar, es el residuo de una mentira voluntaria, cuyo origen no está en el corazón: es una comedia en la cual toma parte cada individuo para obtener algún beneficio: uno, empleos y dignidades; otro, títulos y distinciones honoríficas; el tercero, por razones políticas, pues cree ser aún necesaria la monarquía, bien á los intereses del pueblo, bien á los suyos propios. Todos obran con el afán de alguna ventaja directa ó indirecta. Por esta razón la mentira monárquica es mucho más repugnante que la mentira religiosa. El hombre ilustrado que en la iglesia dobla las rodillas y murmura oraciones, lo hace por pereza de espíritu, por indiferencia, ó por ser condescendiente con la costumbre; hasta el momento

en que por medio de una falsa piedad aspira á ganar el favor de los sacerdotes y á convertirlos en sus poderosos aliados, no se humilla sino ante un símbolo, y no besa directamente la mano de que espera una recompensa. Pero el cortesano que se arrastra, el burgués que ilumina su casa y adorna la fachada con espesas guirnaldas de flores, el poeta que compone himnos para la boda del rey y el nacimiento de los príncipes, no se entregan á todas estas demostraciones sino por una recompensa que desean recibir al contado; en nada se distinguen de la prostituta que prodiga frases de amor y sueña no más que en alcanzar una moneda de plata.

Muchas gentes consideran al rey como un hombre parecido á todos los demás, y con frecuencia más insignificante ó menos bien dotado que los otros; sonríen de la pretendida misión divina de las dinastías, y sin embargo, cuando hablan en términos obsequiosos del monarca y de su familia tratan de justificar ante quien los escucha, y algunas veces ante ellos mismos, su falta de sinceridad con esta razón que resume todas las otras: la mentira monárquica es una mentira inofensiva. La monarquía, dicen, es, al menos en los países francamente constitucionales, un simple adorno. El monarca tiene en ellos menos poder que el presidente de los Estados Unidos de América. Inglaterra, Bélgica é Italia son en realidad repúblicas con reyes á su cabeza; y las formas tradicionales de respeto con que rodean al trono, de ninguna manera impiden se manifieste libremente la voluntad popular.

Este es un grosero error que traerá más de una vez consecuencias fatales á los pueblos. El poder de los reyes continúa siendo enorme, y su influencia, aun en los países constitucionales como Bélgica, Rumanía, Inglate-

rra y Noruega, es poderosísima, aunque sea ejercida, no por la Constitución, sino al lado ella ó sin ella. Poseemos testimonios que no pueden recusarse. El honorable Gladstone, tan competente en la materia, se ha expresado de una manera muy significatiua respecto al influjo de los reyes en el *Nineteenth Century*. Ciertas publicaciones de nuestro tiempo arrojan mucha luz sobre este punto; particularmente la biografía del príncipe Alberto, por Martín, que encierra la correspondencia entre los príncipes Alberto y Guillermo de Prusia, el futuro emperador y rey; el relato de las relaciones de Napoleón III con la corte de Inglaterra; las Memorias del barón Stockmar; las partes más verídicas de las Memorias del consejero áulico Schneider, de Meding, etc. Vemos cómo en los gabinetes de los reyes, por encima del pueblo, del Parlamento y de los ministros, se tejen los hilos de relaciones íntimas; cómo los monarcas conferencian directamente entre sí; cómo juzgan cada suceso político, ante todo, bajo el punto de vista de sus intereses dinásticos; cómo se hacen solidarios unos de otros enfrente del movimiento que lleva á los pueblos á reconocer sus fuerzas y sus derechos; cómo en las más graves resoluciones, que ejercen una acción fatal sobre millones de individuos se dejan influir por caprichos, amistades y antipatías personales. Los oradores del pueblo pronuncian grandes frases en las Asambleas, los diputados declaman en el Parlamento, los ministros hacen con aire importante sus revelaciones; todos parecen estar convencidos de que ellos solos dirigen los destinos de su país; pero entretanto, el rey sonríe con desprecio y escribe cartas confidenciales á sus amigos coronados del otro lado de la frontera, y resuelve con ellos toda suerte de cosas, alianzas y exclusiones, la guerra y la paz, conquistas y cesión de

territorios; conceden ó restringen; y cuando el plan está combinado, se ejecuta sin cuidarse de la charlatanería de los Parlamentos.

Los reyes encuentran asimismo en abundancia medios para ver realizada su voluntad bajo una forma correctamente constitucional; desde luego no es difícil crear para sus necesidades, corrientes de opinión pública, y sucede por último que aun los reyes que se ven obligados á no ejercer más que un papel puramente decorativo en el Estado, no por eso dejan de ser los que pronuncian la palabra decisiva en la vida de los pueblos, hoy lo mismo que en la edad media, quizá más que entonces, porque en aquel tiempo la alianza de los reyes entre sí era más débil, el sentimiento de su mútua solidaridad aún no existía, y sus aliados naturales, la aristocracia y el alto clero, estaban mucho menos á su devoción. La cobardía de los hombres que contrariando á su inteligencia y á sus convicciones practican la mentira monárquica, se venga sobre ellos mismos, ó más bien sobre el progreso humano. Los pseudos-liberales que se figuran engañar á los reyes concediéndoles privilegios y honores ilusorios, según ellos, son de seguro engañados por los soberanos; éstos saben unir muy hábilmente á la apariencia de poder que se les deja, la realidad del poder mismo. No es la monarquía en los países constitucionales tan ilusoria como suponen los que practican la mentira dinástica; en cambio es completamente nula la soberanía nacional.

III

La correspondencia entre monarquía y aristocracia es la misma que entre religión y monarquía. La religión puede existir con cualquier forma de gobierno, pero no

los reyes sin la religión; de igual manera una aristocracia tendrá condiciones de existencia durable sin monarquía, pero ésta no sin aristocracia. Hay algunos reinos—Grecia, Rumanía, Servia—que no poseen nobleza hereditaria; otros, como la Noruega y el Brasil, la han abolido; pero estos son artificios sin resultado práctico. O bien estas naciones monárquicas arrojarán pronto la monarquía como han arrojado una nobleza, y se transformarán en repúblicas, ó verán en la próxima generación, y lo más tarde en la siguiente, surgir una nobleza hereditaria que quizá no tenga existencia legal ni títulos, pero cuyos privilegios no serán por eso menos reales.

Una monarquía hereditaria se inclina lógicamente á rodearse de adhesiones también hereditarias. Es sabido que á muchas familias de insectos les obliga la conveniencia de su progenie hasta el punto de depositar sus huevos al lado ó en medio de la comida necesaria, compuesta en parte de animales vivos, á fin de que las larvas en el momento mismo de su nacimiento encuentren la mesa puesta. De igual manera cada rey desea que desde la cuna halle su heredero una fidelidad y un cariño que no pudo él adquirir para sí. Espera el rey tales sentimientos de la gratitud de cierto número de familias á las que él ó sus antepasados colmaron de bienes y honores; mas esta esperanza se ve defraudada con harta frecuencia. La generación aristocrática de hoy olvida, en cuanto vislumbra un peligro, la deuda de agradecimiento que sus abuelos le han legado, á la par que sus privilegios, y abandona deliberadamente á su destino al infortunado príncipe que contaba con su ayuda. La historia ofrece numerosos ejemplos de esta clase. Recordemos tan sólo la conducta de los nobles ingleses hacia Guillermo de Orange y Jorge I; la que observó la nobleza legitimista

francesa con Napoleón I, Napoleón III y Luis Felipe; y en opuesto sentido, el proceder de la nobleza napoleónica con la restauración de los Borbones. Pero el rey confía en tan frágil apoyo, y cree alcanzar, conservando la aristocracia, una protección engañosa, de igual modo que á veces un soldado en campaña se tranquiliza á la vista de un refugio que, sin embargo, sabe no ha de ofrecer la menor resistencia á los proyectiles enemigos.

¡Es un extraño espectáculo, digno á la vez de admiración y cólera, este cómico sainete de la edad media en el centro de la cultura moderna! Una clase de hombres imita hoy en nuestro mundo la casta privilegiada de la India ó del viejo Egipto; se adjudica títulos que en otro tiempo significaban funciones, pero que hoy no tienen sentido alguno; pinta, esculpe y graba sobre sus carruajes, casas y sellos, horribles figuras representando escudos fuera de uso después de los siglos. Esto nos causa, poco más ó menos, el efecto que produciría un hombre que se pintase la cara como los celtas prehistóricos, ó llevara encima un afilado pedernal á guisa de cortaplumas, é intentara cazar con flechas de espina de pescado. ¿Cómo no reirse de un hombre que se titula duque, denominación propia del general que manda un ejército, siendo así que este pretendido duque no es más que un chisgaravís que nunca dirigió sino cotillones? Otro alaba la nobleza de su nacimiento y se tiene por un hombre de mérito, siendo jorobado, escrofuloso y menos inteligente que un barrendero. Nuestra cultura conserva poquísimos restos del pasado que sean tan absurdos como una nobleza que no se distingue por otra cosa que por sus títulos y sus escudos de armas.

De ningún modo quiere decir esto que la igualdad traería una organización más razonable á los Estados.